

Diversidades sexuales y de género en Latinoamérica

¿Qué debates nos plantean los recientes movimientos sociales?

Por Laura Ballesteros Chitiva



Guillermo Correa Montoya

Universidad de Antioquia

Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Magíster en Hábitat y Licenciado en Trabajador Social por la Universidad de Antioquia. Sus líneas de investigación se centran en cultura, política y sociedad; familia; problemas sociales contemporáneos; y trabajo social e intervención profesional.

Desde los últimos cinco años, en gran parte de los países de Latinoamérica, se han movilizado miles de personas a favor de discusiones y temas que, enmarcados en los estudios de género, han permitido gestar espacios de reflexión y diálogo desde distintas esferas sociales y políticas. Sin embargo, desde la academia también se han generado espacios de socialización en donde temas como la diversidad sexual y de género han tenido una especie de ‘resurgimiento’ en las distintas movilizaciones, por lo cual, para esta ocasión, nuestro boletín *Tendencia Editorial* se reunió con Guillermo Correa Montoya, doctor en Historia por la Universidad Nacional de Colombia, quien ha escrito diversos artículos, entre los que sobresale su trabajo: “Raros. Historia cultural de la homosexualidad en Medellín, 1890-1980”, para conocer un poco si, desde la academia, se han producido espacios de reflexión sobre las diversidades sexuales y de género.

Boletín *Tendencia Editorial* (BTE): En los últimos años, en gran parte de Latinoamérica, hemos visto un auge en las movilizaciones y debates que reivindican los derechos sexuales y de género. Sin embargo, esto históricamente ya se había gestado. Como historiador, ¿qué nos puede contar de este nuevo auge de movilizaciones? ¿En qué se diferencia de años anteriores?

Guillermo Correa Montoya (GCM): En Latinoamérica estas dos últimas décadas han sido profundamente reveladoras, ya que han sacudido unas bases profundamente heteronormativas, cerradas en términos de las diversidades. Desde la década de los setenta, más o menos, hasta los años 2000, las discusiones en términos de las diversidades sexuales y de género estaban más atravesadas por una especie de conquista de derechos. En conquistas en los temas de reconocimiento, en el tema de la igualdad, y si se quiere, en cierta medida, cómo la movilización política podría restituir una ciudadanía de segunda o de tercera. Posteriormente, ya en estas dos primeras décadas del siglo XXI, las conquistas no se dan en el marco de un reconocimiento de derechos, sino como un asunto de desinstalar una normalidad heterosexual. Es decir, pasamos de un momento de conquista de derechos a plantear una discusión, a plantear preguntas a la heterosexualidad, a lanzar desde dentro piedras para desestructurar una aparente normalidad. Y es que un asunto que han planteado los movimientos feministas, los movimientos LGBTI, es que estas ciudadanías conquistadas siempre serán ciudadanías que necesitan estar defendiéndose en tiempo continuo. No son ciudadanías que se establecen y punto, sino que, en cualquier momento, un gobierno específico, un movimiento específico, como el 8M, vuelve y redimensiona

esa conquista de derechos, llega y genera lo que podemos llamar: ‘resurgimiento’.

BTE: Hemos visto que este ‘resurgimiento’ se ha dado desde esferas, principalmente, sociales y políticas, pero ¿cómo se dio este cambio desde la academia? ¿Las reflexiones y debates políticos también formaron parte de la agenda académica?

GCM: Me parece que la academia ha sido profundamente retardataria. En los últimos 30 años del siglo XX, la academia era más proactiva en términos de reflexiones teóricas y políticas. Había una simultaneidad entre lo que se escribía, se pensaba y lo que se actuaba. Esa praxis política, hoy, me parece que desde los colectivos y movimientos sociales va mucho más adelante y que la academia se ha quedado atrás. No logramos hablar de lo que está pasando. Además, creo que Latinoamérica ha sido asimétrica cuando hablamos de diversidades sexuales y de género, porque ahí hay un dilema y es que los países que más producen teóricamente tienden a borrar las conquistas de los países que poco se ven. Poco sabemos de diversidades sexuales en Nicaragua, en Honduras, en Bolivia, en Paraguay, pero sí reconocemos las luchas de Argentina, Brasil y México.

BTE: Pese a la presente desarticulación que ha tenido la academia de los colectivos y debates sobre las diversidades sexuales y reproductivas, ¿han existido espacios de reflexión y articulación sobre temas de género y diversidad sexual en las universidades?

GCM: Sí, yo creo que hay como un territorio proclive para la reflexión y para cierta militancia política desde las universidades públicas. Desde los años sesenta y setenta, la Universidad Nacional de Colombia, con la Escuela de Estudios de Género, la Universidad del Valle y la Universidad de Antioquia fueron unos focos



importantes en términos de articulación entre los debates políticos y los debates académicos. Luego, hacia los ochenta empieza una articulación muy fuerte entre universidades, academia y ONG, y de esa articulación van a surgir organizaciones de diversidades sexuales como Caribe Afirmativo, Colombia Diversa y Santa María Fundación.

Por otro lado, hay disciplinas que también son proclives para esos espacios de reflexión. Por ejemplo, el trabajo social, que, en gran parte de América Latina, es una disciplina en la que aparecen unos discursos importantes en términos de los movimientos de las mujeres, frente a la violencia cotidiana que viven las mujeres. Y claro, el tema de género también se convierte en una categoría de la sociología y de la antropología muy importante para la producción de conocimiento.

BTE: Ya hemos hablado un poco de las oportunidades que surgieron desde la academia para generar espacios de reflexión sobre las diversidades sexuales y de género, ¿podría mencionar algunos de los retos o debates pendientes que también han surgido desde estos espacios?

GCM: Yo pienso que un reto fundamental, hoy en día, en la academia, tiene que ver con una corriente que

toma fuerza en todo el mundo, pero que se expresa de distintas formas en Latinoamérica: el antiintelectualismo. Es decir, esta tendencia de algunos colectivos, de algunos movimientos sociales en no creer en las universidades, no creer en los discursos académicos y pensar que la academia se aleja mucho de las reflexiones y debates actuales sobre las diversidades sexuales y de género, y otros tantos temas. Y ese es el reto, cómo interpretar, cómo tomar esa fuerza del antiintelectualismo como una oportunidad académica, una oportunidad no solo de reflexión, sino un espacio en donde la universidad está llamada a imaginar, a debatir, a producir distancias académicas de los nuevos movimientos, de los nuevos repertorios. Todo lo anterior, claro, desde una postura crítica.

BTE: ¿Alguna estrategia o recomendación para poder superar este reto?

GCM: La universidad necesita volver a instalar preguntas. Necesita entender y comprender los nuevos lenguajes, las nuevas formas de movilización, los nuevos repertorios. Me parece que desde la academia seguimos juzgando con antiguas categorías esas nuevas formas de movilización y así no nos vamos a entender nunca. Necesitamos tender puentes, pero también dinamizarlos. Claro, no siempre tendrá que ser un asunto

de complicidad, de consenso, debemos entender lo que está pasando, construir nuevas representaciones frente a estos nuevos lenguajes, estas nuevas corporalidades. Y, por supuesto, en algunos momentos habrá que tomar distancia, tener lecturas distintas, sobre todo porque la academia no solo es esta idea de una voz más, sino que en un diálogo de saberes esa voz tiene que mantener ese estilo crítico, esa línea e interés de interrogarlo todo.

BTE: Y, para los espacios de investigación y reflexión que generan los académicos, ¿cuál sería la recomendación para afrontar esa distancia entre academia y nuevos movimientos?

GCM: Considero que los académicos tenemos la obligación de siempre estar revisando las teorías e, incluso, de estar en contra de ciertas formas dogmáticas que pueden estar siendo muy populares en las nuevas generaciones. Hasta hace un tiempo los académicos habíamos caído en unos determinismos muy fuertes en relación con los discursos y dogmas sobre cómo imaginar el género, cómo plantear las diversidades sexuales, y llegó un momento en donde todo se volvió algo cultural, en donde existía la idea de que el género, la sexualidad, todo era una construcción social. Y frente a estos puntos la academia no puede volverse una moda teórica. La academia y los académicos necesitan mantener una postura crítica, tomar distancia de nuevas 'ondas' para mirarlas, para pensarlas, para alimentar la discusión. La academia no puede estar sometida a esos centros políticos en los que te acorralan o te silencian. Todo lo contrario, los académicos tienen que seguir hablando, equivocándose, proponiendo.

BTE: Y usted, como académico, ¿destaca algún tema o categoría puntual de los estudios sobre diversidades sexuales y de género que deba ser clave para superar esa distancia entre academia y los nuevos debates?

GCM: Una discusión fuerte que tengo, en lo personal, con los nuevos movimientos es que ponen una especie de trampa alrededor de la identidad. Me parece que los nuevos movimientos quieren disolver la idea de la identidad como una categoría. Y, aunque sostienen que inscribirse en determinado lugar, como mujer trans, como hombre gay, no es una aspiración personal, política o colectiva, esa discusión lo que hace es girar alrededor de la identidad. Es decir, desidentificarse, en últimas,

vuelve al mismo sentido de la identidad y el problema es que al enfrascarnos en preguntas como: qué es transgénero, qué es esto, cómo lo llamo, y en discusiones como: lo gay ya no se utiliza, es una élite, etc., dejamos de lado discusiones más profundas en el sentido de la materialidad de la existencia.

Creo que es muy útil para el neoliberalismo poner a los colectivos a debatir quiénes son o quiénes no quieren ser, a estar enfrascados en este asunto de la identidad. Y, aunque está bien que mi transformación inicial sea una transformación subjetiva por entender en el mundo quién soy o qué soy, esas preguntas necesitan un respaldo material del que no hemos logrado mucho. Si uno mira las políticas públicas, por ejemplo, la mayoría giran alrededor de la identidad. Y pienso que este sería un tema interesante por indagar. Considero que tanto las mujeres como las diversidades sexuales y de género deben hacerse preguntas en relación con los derechos sociales, culturales y económicos. Por el derecho al trabajo, a un salario digno, por el derecho a la vivienda, a la educación. Todo esto aunque la identidad sea una categoría de pelea actual.

BTE: Para finalizar, ¿tiene usted alguna reflexión que pueda ayudarnos a comprender mejor cuál es el rumbo del estudio sobre las diversidades sexuales y de género?

GCM: Siento que cada vez más hay una idea de separatismo, el tema de las mujeres es un asunto solo de mujeres; en cuanto a las diversidades sexuales y de género, el tema trans ya no entra en el debate; los hombres gays no pueden hablar de esto; las mujeres lesbianas no pueden hablar de aquello y así, cada colectivo, cada movimiento social está buscando su propio nicho, sus propias islas. Cada vez me parece que estamos enfrascados en islas y en que esas islas se dinamiten es islas más pequeñas, y, aunque es muy interesante estudiarlo desde una perspectiva académica, no es tan práctico en términos políticos. Si uno realmente quisiera cambiar el sistema, tiene que pensar en articulación, tendríamos que pensar que los temas ambientales no son una cuestión de ambientalistas, sino de seres humanos; que el tema de los animales no es un asunto de animalistas, sino de seres humanos; que el tema de las mujeres trans es un tema de la humanidad. Y, aunque esto último suena muy romántico, siento que se necesita pensar estratégicamente.